

The book cover features a solid blue background. On the left side, there are several thick, wavy, red lines that curve from the top left towards the bottom right, creating a sense of movement and depth. The author's name is printed in the upper right corner, and the title is centered in the lower half of the cover.

Jesús García
Tomás

Confines del amor

Confines del amor

Confines del amor

Confines del amor

Jesús García Tomás

Confines del amor

© 2013 Jesús García Tomás

Propiedad intelectual M-008504 /2013

jgarcia1937@gmail.com

<http://elocanoylosmagnolios.es>

<http://elocanoylosmagnolioswikidot.com>

<http://navegando.wikidot.com>

- **Elegía (Desamor/re menor)**
-

- **Romanza (Amor/Re mayor)**
-

Confines del amor

Elegía

Desamor (Re menor)

¿Cómo puede percibirse el tiempo en que el amor comienza a desvanecerse y ya ha germinado la semilla del desamor?

Frente a frente tú y yo, tensos, sin mirarnos, simulando concentrarnos en nuestros limitados espacios endogámicos. Matando el Tiempo, porque la vida se alarga, transcurre con perezosa lentitud; se va, como siempre hace, pero para nosotros sus pasos no dejan huellas, solo ausencia de recuerdos. Tal vez unas alteraciones que cierto día hemos percibido y que se

Confines del amor

incrustaron en nuestros yos, unos extranjeros que no sabemos de donde surgieron y cuyas vivencias no están en nuestros recuerdos.

Deberías mostrarte más afectuoso conmigo y expresarme tu cariño, si es que todavía lo tienes. No eres consciente de que estoy deseosa de que te aproximes a mí y me afirmes que me quieres todavía. Nunca hablas de ti mismo y no puedo interpretar tus largos silencios y tus deseos de soledad cuando te encuentras abatido, reflexionaba yo, deseando poder transmitirte sin palabras mis pensamientos.

Tendrías que ser más amable y cariñosa y demostrarme tu apoyo. Ya no soy un muchacho y no es razonable que pretendas que debo intentar conquistarte en todo momento, cualesquiera que sean mi ánimos, mis pesares, desengaños o esperanzas. Me gustaría que te comportaras como una compañera en quien confiar.

Así me replicabas, para excusar tu proceder.

Yo era incapaz de comprender tus vacilaciones. Me reprochabas que cuando intentabas aproximarte hacia mí,

Confines del amor

siempre te rechazaba. ¿Cómo podías imaginarlo?

Me preguntaba si deseabas que me convirtiera en la amante que ves cuando cierras los ojos, cuando sueñas, cuando, desde los puentes de piedra antigua, contemplas mi imagen temblorosa en los oscuros lechos de los ríos del otoño.

¿Por qué nunca tenemos los mismos sueños? Al despertar, cuando trataba de transmitirte las evocaciones de la noche, tú intentabas comprender, pero no te era posible porque tus sueños habían transcurrido en otro lugar, en otro universo.

Y tú me reprochabas que yo nunca compartiera tus sueños. Es posible que tuvieras razón porque eran desconocidos para mí; cuando trataba de acercarme a ellos, sólo encontraba tu silencio, tu impenetrabilidad. Y yo era incapaz de intuirlos.

Y proseguíamos inmersos en la soledad de nuestros herméticos espacios yermos. Con el tiempo, este desencuentro finalizará, nuestros auténticos yos reemplazarán a los yos extranjeros que se han apoderado de nosotros y de nuevo alcanzaremos momentos de felicidad. Al menos algo de comunicación. Un átomo de dicha, aunque sea por un instante

Confines del amor

inapreciable.

En algún lugar dentro de mí existía la conciencia de que, en cierto tiempo, en cierto lugar, no habíamos sido unos extraños, nos habíamos sentido el uno al otro y habíamos compartido afectos y esperanzas.

Al cabo de unos días, semanas tal vez, un tiempo incierto, largo o corto, no lo sé, ambos cedíamos y reanudábamos nuestras vidas intentando comprender, compartir, dar sin recibir, ofrecer sin reclamar.

Los años transcurrían, la vida se fundía y los desencuentros eran cada vez más frecuentes y de mayor duración. Con el tiempo llegará la reconciliación y seremos otra vez dichosos, estaba segura. Los eternos y melancólicos inviernos sin esperanza son el prelude de una venturosa primavera plena de promesas. Y un mar apacible sucede al violento cénit de las tormentas.

Lo dramático no es que no lográramos ser felices, lo terrible es que no habíamos alcanzado a ser realmente infelices;

Confines del amor

pues la infelicidad es un estado del espíritu con un extraño potencial de energía y creatividad. La infelicidad, el dolor y el sufrimiento nos obligan a explorar los aspectos más recónditos de la condición humana y por ello nos enriquecen y excitan nuestra voluntad para vivir con intensidad.

Nuestra inconsistente relación, por el contrario, nos conducía a una profunda monotonía, a una existencia sin objetivos ni proyectos, a una espera sin esperanza en la que los días desgranaban desiertos, vaciándonos de todo anhelo o ilusión y arrojándonos al oscuro abismo de una vida estéril y amorfa.

No existía para nosotros ya otro sendero, pues incluso habíamos perdido el amor por la vida.

Hasta que nos fuimos y entramos en la eternidad.

Nos encontramos y retornaron los densos silencios y la opresiva soledad de la incomunicación.

Con el tiempo nos reconciliaremos y volveremos a amarnos. Igual que siempre nos hemos amado.

Confines del amor

Pero el tiempo ya no existe en la
eternidad...

Romanza

Amor (Re mayor)

*Todas las familias felices se parecen unas a otras,
pero cada familia infeliz tiene un motivo especial para sentirse
desgraciada.*

Lev Tolstoy (*Anna Karenina*)

La expresión de ella se transformó y sus ojos brillaron con una luz intensa y acariciadora; su sonrisa irradiaba dulzura, amor y entrega. «Este instante debería ser eterno», pensó él. Nunca había conocido la expresión de una mujer enamorada y deseó grabarla dentro de sí, aunque no era por completo consciente de los profundos sentimientos de ella, tan complejos e incluso inescrutables en toda su extensión. Se besaron y los besos gradualmente adquirieron intensidad. Y se fundieron en un abrazo. Y la expresión de ella permanecía.

Confines del amor

Transcurrieron los años. Su profunda unión perduraba aunque las heridas del tiempo los habían transformado y su interior cobijaba menos ilusiones que antaño y a la vez recuerdos de ilusiones perdidas y de amargas desilusiones. Y ya el viento de la vida había depositado las hojas muertas de las renunciadas a sueños imposibles.

Los hijos y el trabajo ocupaban la mayor parte de su tiempo y seguían combatiendo día a día por preservar su amor. Y tenían momentos para amarse y revivir emociones ya transitadas. Estas vivencias les procuraban energías renovadas y proporcionaban sentido a sus vidas.

Cierto día decidieron realizar el viaje de boda que nunca habían podido hacer y que una y otra vez habían aplazado para dedicarse con afán a su familia.

Podríamos visitar de nuevo París. «¿París en invierno?» «Ya sabes, *spleen* de Baudelaire, vacío de rayuela y Cortázar, *tristesse* de Sagan o *bohème* de Pucini y Montmartre para turistas. Mejor la calidez de un país del sur».

Confines del amor

«¿Y por qué no Chile?»

Santiago, viñedos entre las dos cordilleras, Viña del Mar y Valparaíso, Neruda, insólita casa museo, Isla negra y Pomaire. Veinte poemas de amor sin canción desesperada.

Tras recorrer la ruta de Neruda tomaron un vuelo para Antofagasta, al norte. Visitaron el desierto de Atacama, un paraje en el que muchos de sus habitantes nunca han visto caer la lluvia. Les fascinó este espacio mágico en el que conviven mundos de diversidad inaudita.

En plena oscuridad de la noche y abrigados con varias capas de ropa para protegerse de la gélida atmósfera, alcanzaron una meseta en la que unos gigantescos géiseres de agua hirviendo brotan en la antesala del alba. Ateridos de frío se desvistieron y cubiertos tan solo por sus bañadores se introdujeron en unas pozas de agua, con una temperatura de una tibieza tan placentera que pronto hizo que se olvidaran del agotamiento, de las largas horas de la noche sin sueño y de la glacial temperatura circundante. Allí, unidos con las manos apretadas, cerraron los

Confines del amor

ojos y se aislaron del exterior durante unos minutos que fueron eternos. Y cuando hubo que partir y, muy a su pesar, tuvieron que salir del agua, lo hicieron en contra de su voluntad, como si hubiesen sido expulsados del paraíso o del útero materno.

Continuaron el viaje en una destartalada camioneta que avanzaba traqueteando por las irregulares rutas del desierto. Asombrados, divisaron unos extensos humedales, surgidos durante la última glaciación, en los que remontaban el vuelo vistosos flamencos. Y finalmente llegaron al Valle de la Luna, que ofreció sus paisajes lunares cubiertos por mantos de sal, con hermosas tonalidades de colores cambiantes al ritmo de la luz solar y que alcanzaron una singular belleza al atardecer.

Todo ello bajo un cielo impecablemente puro y diáfano. Al anochecer, el firmamento era tan nítido que semejaba que las estrellas podrían alcanzarse con las manos. Abrazados para protegerse de la cortante atmósfera, las manos unidas de los esposos acariciaban las constelaciones, que giraban pausadamente en torno a la Cruz del Sur. Y formulaban un anhelo cada vez que sus dedos pulsaban una estrella. Deseos muy sencillos, sin

Confines del amor

ninguna ambición ni egoísmo. Tan solo aspiraciones de felicidad para sus hijos.

El día del regreso tocaba a su fin y la luz crepuscular creaba armoniosas polifonías de colores en el paisaje del valle.

De pronto unas sombras motorizadas surgieron de la inmensidad y atacaron la camioneta en la que viajaban, junto con otros grupos que visitaban el valle. Secuestraron a los hombres y abandonaron a las mujeres, aunque no se llevaron ni el agua ni los víveres.

«Si queréis volver a ver a vuestros hombres tendréis que pagar el rescate aquí fijado».

Y se diluyeron, con la camioneta y sus motos Harley Davidson, lentamente en el horizonte.

Las mujeres se orientaron por las estrellas hacia la costa del Pacífico y, tras un duro recorrido por el desierto, consiguieron alcanzar el pueblo de San Pedro de Atacama, en donde fueron atendidas.

Cuando ella regresó a España, tuvo que vender todas sus pertenencias y finalmente consiguió reunir la cifra exigida para el

Confines del amor

rescate. No encontró ninguna alternativa, pues los bandidos estaban ilocalizables, como si jamás hubieran existido. La policía asignó el máximo de recursos humanos y materiales, realizó múltiples batidas, presionó a sus informadores y, en definitiva, hizo todo lo humanamente posible para la resolución del caso. Sus esfuerzos fueron infructuosos; el desierto parecía haber engullido a secuestradores y secuestrados.

Los bandidos contactaban a través de un correo web, siempre desde una cuenta y dirección de Internet diferente, de manera que los servicios telemáticos de la policía solo encontraban huellas que se perdían en direcciones inutilizadas, con identificaciones falsas y generadas desde localidades en distintos países.

Los días transcurrían con lentitud, sin que la intensa búsqueda produjera resultados concretos.

Él, junto con los demás secuestrados, estaba recluso bajo una lona cubierta con arena y sal del desierto, completamente invisible incluso a pocos metros de distancia, al igual que el cobijo

Confines del amor

de sus guardianes. Los bandoleros mantenían retenes que se relevaban, pues su base de operaciones radicaba en un país fronterizo. Y los lugares de escondite no eran fijos, sino que se desplazaban con frecuencia para evitar su localización, como si fuesen arrastrados por las arenas del desierto.

Consiguió que uno de los secuestradores le permitiera dormir algunas noches bajo el firmamento estrellado. En estas ocasiones se tumbaba sobre la arena con las manos atadas sobre su pecho, también bajo una lona con arena y sal, y escrutaba el firmamento, asombrado por la belleza, por la sensación de serenidad, equilibrio, armonía e inmutabilidad que le transmitía la contemplación del aquel cielo diáfano salpicado por luces parpadeantes.

«Sin embargo, todo se aleja expandiéndose eternamente, mientras que las estrellas nacen y mueren absorbidas por pozos negros o explotando convertidas en gigantescas esferas gaseosas, en una lucha eterna sin concesiones, sin vencedores ni vencidos. Y acaso existan innumerables mundos con vida inteligente, en los que sus pobladores también combaten despiadadamente por su supervivencia y su evolución. Aunque tal

Confines del amor

vez puedan darse otras formas de inteligencia, en las que prevalezcan el sentido de la justicia y la empatía, que posibiliten que el progreso se desarrolle armónicamente en paralelo a modelos de convivencia pacíficos fundamentados en el amor».

»Pues en la humanidad también parece existir una visión generalizada de lo que es justo y de lo que no lo es, de lo que son el bien y el mal, aunque esta conciencia resulta inhibida por los instintos de primacía y supervivencia. Quizás en un futuro de la evolución la justicia y el amor puedan ser los sentimientos dominantes».

»Pero ahora necesito reposar. Así que preciso concentrarme en esta última eventualidad y considerar que hay esperanza, que el amor será la fuerza que moverá el mundo e imaginar que el firmamento es tal como aparece ante mis ojos: pletórico de belleza y armonía».

Y con estas reflexiones cerraba los ojos para intentar descansar, aunque no lograba conciliar plenamente el sueño.

En aquellas noches su espíritu caminaba por las estrellas y se encontraba con su esposa y con sus hijos. Se abrazaban con intensidad, compartían sus anhelos y esperanzas y permanecían

Confines del amor

unidos por su amor hasta el amanecer. «Hasta mañana», se despedían tras el último abrazo.

Lo extraordinario es que cuando las luces del alba iluminaban España, ella despertaba estremecida, con la certeza de acabar de recorrer el mismo camino de estrellas en compañía de su esposo y de sus hijos.

Los últimos mensajes recibidos contenían un ultimátum muy amenazador, por lo que decidió tomar la iniciativa. Regresó a Chile y lo primero que hizo fue acordar con los secuestradores el lugar en donde depositar una bolsa con el dinero —una mina salitrera abandonada, a pocos kilómetros de Antofagasta—.

Al día siguiente comprobó que ya no se encontraba donde la había dejado, por lo que confió en que su marido sería liberado en las cercanías del lugar. Sin embargo no apareció y volvieron a recibirse mensajes en los que se exigían nuevas sumas por el rescate, acompañados por las usuales pruebas de vida. Se sentía impotente y al límite de la desesperación.

Hasta que un día, mediante el análisis de las imágenes

Confines del amor

captadas por satélite, los servicios de información detectaron unas anomalías en el terreno que podrían corresponder a una especie de campamento prácticamente enterrado en la arena, en el que cabía la posibilidad de que estuvieran los rehenes.

Una vez confirmada la localización, se intentó negociar con los secuestradores, pero la actitud de estos fue intransigente. «O aceptan nuestras condiciones o acabaremos con los rehenes uno por uno».

La situación llegó al límite cuando un rehén fue asesinado, al considerar los bandidos que se había sobrepasado el plazo para que sus exigencias fueran cumplidas. Las fuerzas especiales concluyeron que, aun con los riesgos que entrañaba, la única opción posible era una acción envolvente para reducir a los secuestradores, a la vez que otro comando se encargaría de liberar a los prisioneros.

La operación, a pesar de las medidas adoptadas, se desarrolló de forma extraordinariamente violenta, pues los atacados estaban equipados con un poderoso armamento y en posición muy ventajosa. Finalmente los efectivos de las operaciones especiales lograron reducirlos tras un intenso tiroteo

Confines del amor

y un importante número de bajas. Fallecieron dos agentes, así como más de la mitad de los bandidos. Los demás rehenes pudieron ser liberados, aunque algunos resultaron heridos.

Cuando se enteró de que un rehén había muerto se derrumbó; y cayó, golpeando el suelo con las piernas plegadas y las manos ciñendo su cabeza hundida. Se encogió y quedó postrada, paralizada, con la mirada perdida, sin capacidad para sollozar ni derramar una sola lágrima que amortiguara su dolor. Lo único que sentía era un inmenso vacío.

A los pocos instantes, sin embargo, percibió que a todo su ser llegaba una señal de su esposo, comunicándole que sólo estaba herido y que muy pronto regresaría a su lado.

Confines del amor

Coda

Tras la liberación y el regreso reanudaron sus vidas. Tuvieron que comenzar de nuevo, pues el importe del rescate había desaparecido. A pesar de ello, trabajando intensamente, consiguieron con grandes esfuerzos y sacrificios proporcionar a sus hijos una educación digna.

Y así llegaron a la senectud. Sus hijos fuera del hogar, algunos de ellos en países muy lejanos. Les mantiene unidos su gran amor, el cariño de sus hijos y los recuerdos de toda una vida que juntos han construido.

No es nada fácil alcanzar esta meta, pues mujeres y hombres suelen recorrer universos de complejas geometrías que pueden no ser paralelos, sino divergentes incluso, senderos que se bifurcan en los jardines de Borges.

Pero siempre tendrán sus ilusiones, sus vivencias y sus

Confines del amor

evocaciones, avivadas por las fotografías y los vídeos de sus nietos, que sus hijos les envían por *wasap*, y los ansiados momentos en que charlan con ellos por vídeo conferencia a través de Internet.

Y por las noches, al acostarse, en ocasiones recuerdan su aventura en Atacama y comentan aquellos sueños compartidos que nunca alcanzaron a comprender, en los que unidos, fuera del tiempo y del espacio, caminaban por un campo de estrellas.

Aunque para ellos la aventura más apasionante ha sido, por encima de todo, la construcción de su familia, a la que tuvieron que aportar todo su valor, entrega y amor.

—Pues yo pienso que nuestra vida ha sido intensa y apasionante... ¿No crees que Tolstoy pudo haberse equivocado? —comentó él, sin razón aparente, antes de cerrar los ojos y entrar en la fase de somnolencia, mientras que ella le contemplaba desconcertada.

FIN